

## JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ

Nació en Papantla, Ver., el 27 de abril de 1887. Murió en Santiago de Chile el 30 de marzo de 1959.

Poeta, periodista, historiador. Fue Director del Museo Nacional de Arqueología e Historia, Catedrático de la Universidad Nacional de México, Embajador en Bélgica y en Chile. Como periodista colaboró en *El Imparcial*, *Revista Moderna* y *Revista de Revistas* que dirigió durante algún tiempo. Alternó con los poetas y escritores más notables de su época, dirigió varios grupos intelectuales y promovió las letras mexicanas con gran entusiasmo y optimismo. Perteneció al célebre grupo "Estar contentos".

Su obra poética y crítica es la siguiente: *Holocaustos* (1915); *La hora de Ticiano* (1917); *Música suave* (1921); *Cartas sin sobre y postdatas de Sonetos* (1957); *Los poetas jóvenes de México. Cuentos mexicanos* (1925); *Elegía y epinicio del Papalopan* (1952); *El imaginero del amor; prosas deshilvanadas* (1926); *Las alas abiertas. Crónicas* (1925); *José Juan Tablada* (1951); *Martí en México* (1934); *Díaz Mirón. Poeta socialista* (1929); *Homenaje a Sor Juana Inés de la Cruz en el III Centenario de su nacimiento. Disertaciones y discursos* (s.a); *Grandes escritores franceses contemporáneos* (1941); *Astucia a través de tres personajes de la novela* (1945) y muchas más, entre otras, abundantes prólogos.

Entre su producción histórica sobresalen: *Un Virrey limeño en México. Don Juan de Acuña Márquez de Casa Fuerte* (1927); *Al margen de la historia; (Migajas del Banquete de Clío)* (1934); *Bolívar y México. Contribución al Centenario de su muerte* (1930); *Don Antonio Benavides, el incógnito "Tapado"* (1945); *La expulsión del Obispo Rodríguez Zorrilla y su viaje por México en 1826* (s.a.); *La virreina mexicana, María Francisca de la Gándara de Calleja* (1950); *Bajo el signo del libro* (1946); y otros títulos más.

Se han ocupado de parte de su trabajo histórico: Alfonso García Ruiz, *La misión del historiador José de J. Núñez y Domínguez 1937-39*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia, 1947; Manuel Carrera Stampa, *Misiones mexicanas en Archivos Europeos*, México, Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1950 y Ernesto de la Torre, *Fuentes francesas para la historia de la Guerra de Independencia*, México, Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, 1962. Manuel Carrera Estampa le recordó también en "José de Jesús Núñez y Domínguez, 1887-1959" en *MAMH*, T. XVIII, No. 2, abril-junio, 1959, p. 342-351.

Fuente: José de J. Núñez y Domínguez. *La Alameda, jardín*

*y paseo tradicional de la Ciudad de México. En El Turista Mexicano. México, V. I. Nos. 4-5, Nov. 1932 p. 14-17.*

### LA ALAMEDA

Jardín y paseo tradicional de la ciudad de México.

La más bella sonrisa de la ciudad de México, para seguir el lindo símil del poeta francés, es la Alameda.

Este parque, enclavado hoy, por obra y gracia del rápido crecimiento de la Metrópoli, en pleno corazón de la urbe, está vinculado íntimamente a la historia de la capital de México. Cuando se evoca su origen es preciso traer a la memoria los turbios días que siguieron a la gesta de la Conquista y a la caída y ruina de la antigua Tenochtitlan. Los nombres de los primeros virreyes, don Antonio de Mendoza, don Luis de Velasco, don Martín Enríquez de Almanza, van aparejados a la reminiscencia de la fundación y arreglo de la nueva ciudad, y es preciso que se les rememore cuando se trata de saber qué circunstancias contribuyeron a que se estableciera la Alameda, jardín "por extremo bello", como le llama un cronista. Sonoros apelativos los de esos hombres, con sonoridad de espuelas y armaduras, de estoques y ballestas, que dan a la historia de la Alameda un sabor de caballerescas ranciedad y de antañón prestigio.

El octavo Virrey de la Nueva España, don Luis de Velasco, hijo del segundo de los mandatarios de esa jerarquía que tuvo este país, fue quien concibió y llevó a cabo el proyecto de una alameda "para recreación de los vecinos". Era amigo ese representante del Rey, insigne por sus merecimientos y entrañablemente unido a la Nueva España, porque a estas tierras había venido desde que era rapaz, no sólo del orden administrativo en general sino que la ciudad presentara aspectos amables y brindara sitios de esparcimiento a sus vecinos. Y en una junta de los ediles, a la que concurrieron conquistadores de tanta nombradía como Bernardino Vázquez de Tapia, Ruy González, Francisco de Santacruz, Gonzalo Ruiz y otros, inició su pensamiento de hacer una Alameda. "Adelante del tianguis de San Hipólito, en donde estaba la casa y tenería de Morcillo, para que se pusiese en ella una fuente y árboles, que sirviesen de ornato a la ciudad y de recreación a sus vecinos." Así se hizo constar en el libro de actas de la sesión que ce-

lebró el Ayuntamiento, el día 13 de enero del año de Nuestro Señor 1592.

El señor Virrey, diligente como pocos, o dinámico, como diríase hogaño, juntóse a los regidores y en su compañía salió a examinar el sitio elegido, y una vez que efectuó esa visita ordenó al alarife de la ciudad, Cristóbal Carvallo, que procediera incontinenti a formular el plano para el nuevo paseo.

Nombróse al alguacil mayor, don Diego de Velasco, para Superintendente de los trabajos, y como sobrestante a Diego de Angulo para que diera buen término a la obra; pero como se suscitara un pleito respecto a la propiedad del sitio que había elegido el Virrey, entonces se decidió que se formase la Alameda frente "a la ermita de la Santa Veracruz, dejando a oriente y poniente dos espacios vacos llamados plazuelas, el primero de Santa Isabel y el segundo de San Diego".

Como se acostumbraba en aquella época, fueron los infelices y sufridos indios los elementos de que se echó mano desde luego para todos los trabajos de la Alameda. En el año de 1592 quedaron totalmente plantados los árboles, en los que abundaron los álamos, y de ahí el nombre de este vergel, aunque también se plantaron fresnos y sauces. No obstante los cuidados de quienes tenían que ver con la formación del flamante paseo, las arboledas mostrábanse desmedradas y raquíticas, por lo cual el Virrey, el año de 1594, dispuso que, en vista de que los álamos ni crecen prontamente ni son hermosos, pusiéranse en su lugar árboles corpulentos y copudos.

Como el Virrey de Velasco fue trasladado al Perú, los trabajos de la Alameda se vieron con indiferencia y el parque mostró un punible abandono. Los caballos y las bestias de todo género ramoneaban ahí la yerba a todo su sabor y nadie se preocupaba por evitar que se le convirtiera en basurero y letrina. El conde de Monterrey ordenó, por lo tanto, que se cerrara el paseo en todo su contorno, dejándole una puerta principal, y que se procediera a otras reparaciones.

Era la Alameda, en esos primeros años del siglo XVII, el único paseo con que contaba la ciudad. Sus habitantes, en horas de solaz, acudían ahí, cada vez en mayor número, salvando con cautela las acequias que rodeaban el jardín; bien que por las noches pulularan bajo sus frondas "algunos vagamundos españoles, mestizos y mulatos, facinerosos y otras personas" de ese jaez. Con el curso del tiempo fue mejorando, aunque con la lentitud propia de esos días, aquel paseo. Y en el siglo

XVIII se estableció el cargo de alcaide de la Alameda, honroso en extremo, pues lo desempeñaron gentes de tan alta alcurnia como el marqués de Guardiola y el marqués de Casafuerte, célebre Virrey.

En el siglo XIX, en sus principios, aunque la ciudad de México contaba con tres paseos, que eran la Alameda, el Paseo Nuevo de Bucareli y el de la Viga, el primero de los mencionados seguían gozando de la predilección del vecindario, bien que su estado dejaba mucho que desear en cuanto a aderezo y adorno. Rodeaban a la Alameda las aguas putrefactas de un foso, de una anchura de seis varas y una de profundidad. Semejaba "un bosque inculto y salvaje y aun se registraban asaltos a la luz del día". En 1851 se hermosearon los prados y callecillas, se le puso una reja y se colocaron juegos hidráulicos, cegándose algunas de las zanjas.

A raíz de la consumación de la Independencia, en la glorieta principal de la Alameda comenzaron a celebrarse fiestas cívicas, como el Aniversario del 16 de septiembre y los del 27 y 28 del mismo mes, en recordación de la Independencia. Y también se le destinó para efectuar fiestas de carácter social, como jamaicas y ferias populares.

La Alameda afecta la forma de un rectángulo, con 500 metros de largo y 215 de ancho. La circuyen las siguientes calles: al norte la Avenida Hidalgo, al sur la Avenida Juárez, al oriente la calle de Angela Peralta, intermedia entre el Paseo y el Teatro Nacional en construcción, y al poniente la calle de San Diego. En un tiempo se permitía el acceso de carruajes y caballos y era de ver el interesante espectáculo que presentaban los charros, magníficamente vestidos, junto a los vehículos en que las damas elegantes distraían sus ocios ambulando por las treinta callecillas, de cinco metros de anchura, que parten de la glorieta central y de las ocho grandes calles que se enlazan con aquéllas. Siete son las fuentes principales que ostenta el famoso paseo, algunas de ellas copiadas de célebres modelos franceses, como la de Neptuno y la de Venus. La fuente central tiene juegos de agua muy vistosos, que forman el encanto de los niños y los paseantes.

Hubo una época, en el México porfirista, en que la Alameda fue el sitio predilecto de los paseos dominicales de las clases aristocrática y media. Por las mañanas, las bandas militares daban selectos conciertos en algunos de los kioscos, y la gente, prendida de mil alfileres, luciendo las damas los atavíos venidos de París y los caballeros la indumentaria de úl-

tima moda, iba en un continuo vaivén, bajo los velámenes que se colocaban al efecto bajo las frondas de eterno verdor.

Hoy el virreinal paseo ha sufrido algunas transformaciones de acuerdo con el gusto imperante, sobre todo en la distribución de prados y de callecillas. Muestra bancas de estilo colonial y se pretende que en breve todos los asientos que ofrece a sus visitantes, dentro y fuera de su recinto, sean también de azulejos para darle un más intenso sello evocador.